

Ígneo

Capítulo VII: Tinieblas del Puerto

“Las calles se han llenado de pordioseros”, era lo único que podía pensar Damren mientras su carruaje se dirigía hacia el Palacio del Azul, junto a las orillas del Puerto.

“Esta guerra solo nos ha traído escoria, que pulula por nuestras calles sin hacer nada más de provecho que mendigar y llorar por las esquinas” continuó con sus pensamientos.

“Como esto no termine pronto tendré que coger un barco y huir de esta ciudad a la deriva”. Pero en el fondo sabía que sus pensamientos no eran más que un farol: no se atrevería a dejar Androl, la ciudad Imperial y la sede de todos los negocios importantes, y menos en aquellos tiempos, peligrosos, pero llenos de posibilidades para un hombre de negocios que sabía sacar provecho de aquellas situaciones, un mercader.

Gritó al conductor que azuzara a los caballos, pero era imposible: las calles del Puerto estaban tan atestadas de gente que no podía avanzar más rápido.

“Como por culpa de ellos llegara tarde me voy a encargar de castigarlos personalmente” pensó el mercader. Damren odiaba llegar a deshora a las reuniones del Consejo de Mercaderes, le parecía una falta de respeto no solo a los demás si no a su propio tiempo, algo mucho máspreciado e importante, ya que no estaba para ir desperdiciando cada segundo.

De repente el carruaje se paró de golpe y por poco el mercader sale disparado contra la puerta.

- ¡¿Qué sucede?! – gritó hecho una furia.

Sin embargo, nadie le contestó por lo que salió a echar una ojeada. Al instante pudo comprobar que una marea de gente comenzaba a congregarse a su alrededor. “Y probablemente es para robarme” era lo único que podía pensar.

- ¡Conductor! ¿Qué sucede?

En esta ocasión parece que si le había escuchado y contestó rápidamente:

- Esa señora se ha puesto en el medio de la calle y se niega a retirarse – dijo mientras señalaba a unos metros por delante.

Justo donde señalaba, impidiendo el paso del carruaje se encontraba una mujer, una pordiosera cualquiera a la que no habría dirigido más que una mirada despectiva en caso de haberse encontrado en otra situación. Pero esta vez, impidiendo su paso y obligándolo a perder tu tiempo, sus nervios saltaron pronto por los aires y comenzó a gritarle:

- ¡Quita de en medio sucia ramera! ¡No tengo ganas ni tiempo de que me interrumpas el camino!

Esta no pareció dejarse amedrentar por los insultos y se acercó al mercader con una súplica en los ojos y un lamento entre los labios. Su imagen era la de la viva desesperación en persona, la de aquel ser que está dispuesto a sobrevivir de cualquier manera, únicamente para llegar al día siguiente. La imagen se redondeaba cuando te fijabas un poco más en sus ropajes, sucios y completamente harapientos pero agarrados a ellos había un par de niños, apenas unos grandes ojos llenos de dudas y de miedo que lo miraban con una mezcla de admiración y de terror. Se ocultaban de las miradas entre los pliegues de la ropa de la mujer y les constó distinguirlos, pero no se dejó conmovir por sus miradas.

- Por favor, noble mercader, solo le suplico una pequeña limosna para mis niños. Solamente eso, si no fuera porque están completamente muertos de hambre no me habría atrevido a interrumpir a su carruaje.

El mercader volvió a mirar hacia los niños que con curiosidad de habían asomado al oír ser nombrados por su madre. Pero no esperaban ser recibidos por los gritos de furia de rico mercader:

- ¡Largo de aquí! - contestó lleno de ira. - Si no puedes alimentarlos venderlos en cualquier rincón o comételes, no es mi problema y no pienso solucionarlo.

Se giró y volvió a entrar en el carruaje., pero antes de ello retrocedió y se enfrentó de nuevo a la mujer:

- Y más te vale que te apartes, o lo próximo que vas a escuchar será como los huesos de tus hijos crujen bajo el peso de las ruedas.

Y subió al carruaje sin volver la vista atrás. El viaje continuó sin ser interrumpido y sin saber si la mujer se había apartado o había sido aplastada contra el suelo. Pero tampoco es que le importara demasiado el resultado.

Por fin, tras una rapidez vertiginosa llegó hasta que comenzó a sentir como ascendía el camino.

Ascendieron por la ligera colina hasta llegar a las puertas del Palacio del Azul, el nombre pomposo y hortera con el que Boreas, uno de los mercaderes más ricos y poderosos de todo Androl había nombrado a su hogar. Solía contar en sus múltiples conversaciones aburridas y sin ningún tipo de interés que lo había bautizado así porque dominaba el azul de las aguas y del cielo. Damren solía reírse con una falsa carcajada para disimular, pero en el fondo solo podía pensar en que ojalá el viejo comerciante se atragantara con un dátil.

Realmente el Palacio del Azul era impresionante, e incluso solían decir que rivalizaba con el Palacio Imperial. Damren pensaba que eso era exagerar un poco, pero resultaba evidente que, aunque la morada de los Emperadores era diez veces más grande, el Palacio del Azul era mucho más delicado y soñador, con multitud de torres y bóvedas que se elevaban como etéreas nubes sobre el pestilente Puerto.

Las reuniones del Consejo de Mercaderes solían desarrollarse allí, Damren había preferido un territorio más neutral, pero era bastante complicado oponerse a los deseos de Boreas, con su inmensa riqueza y poder. Por lo menos esperaba que aquella reunión convocada de forma rápida y precipitada trascurriera lo más rápidamente posible, dado que tenía asuntos que tratar en su propia casa.

Al salir del carruaje una corte de sirvientes salió para ofrecerle alimentos y jarras llenas de vino. El comerciante lo rechazó todo para dirigirse al interior del edificio. Sin ayuda de nadie se dirigió a una de las salas más grandes, donde ya estaban sentados sobre cómodas sillas, la mayor parte de los miembros.

Apenas intercambió un saludo con ellos y se sentó en su lugar habitual. Aquello no eran frívolas fiestas en las que intercambiar hipócritas muestras de afecto en corteses fórmulas establecidas. Allí decidían por el futuro de toda la ciudad, los hombres y mujeres más ricos y poderosos de todo Androl decidían sobre cuáles serían los próximos pasos. Y era

más que importante porque la guerra contra los esclavos estaba comenzando a ser un asunto mucho más serio de lo que muchos habían creído.

- Comenzaremos sin más dilación con la reunión – la voz de Faetonte, el miembro más antiguo de todos y el que solía conducir los temas del Consejo rasgó el tenso clima que se respiraba en la sala. - Tenemos asuntos muy importantes que tratar y como sabéis no disponemos de mucho tiempo para ellos.

Damren no podía aguantar la voz de aquel viejo, era demasiado lento y suave, como terciopelo y le agobiaba tener que escucharlo continuamente. Probablemente tendría mil años, no entendía como seguía acudiendo a las reuniones cuando sería mejor que se enterrara en un sarcófago de oro.

- Como sabéis estamos en una situación prácticamente de guerra abierta con los esclavos – continuó con su voz débil y exigua. - Han rechazado cualquier propuesta que les hemos dado, declaran a viva voz su libertad y que les entreguemos el control del Puerto y no sometamos a sus órdenes. Algo que obviamente no vamos a otorgar.

Sin embargo, la situación es muy crítica, las luchas entre nuestras fuerzas y las suyas están muy igualadas y no parece que ninguna gane un palmo a la otra. Todos los barrios y plazas entre el Puerto y el Centro son escenarios de batalla encarnizadas todos los días y los muertos ascienden a los miles.

Un murmullo de queja empezó a extenderse entre todos los presentes.

- No entiendo – dijo una voz. - cómo es posible que no ganemos cuando estamos contratando a los mejores mercenarios y soldados de todo el mundo. Cada día mis arcas sangran para pagar las enormes cantidades de dinero para mantener esta guerra. Y no ganamos. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué hacéis con mi dinero?

Más voces empezaron a corearlo, protestando todos al mismo tiempo.

- Calma por favor – dijo Faetonte sin mucho éxito, su voz apenas destacaba entre el griterío que comenzaba a extenderse. - Es cierto que no estamos ganando, pero es cuestión de tiempo, no están tan bien organizados y no son nada más que esclavos. Caerán y entonces nos haremos con el control de la ciudad. Su dinero está siendo bien administrado en ello os lo puedo asegurar por todo mi patrimonio.

Las voces no parecieron calmarse ante ello, sin embargo, Boreas intervino y al instante, la gente guardó un intenso silencio. Al parecer cuanto más dinero tienes más se callan a tu alrededor, no pudo evitar pensar Damren.

- Por favor, un poco de respeto para nuestro socio Faetonte – dijo el rico mercader. - El dinero que invertimos está más que justificado. Estamos hablando de obtener el control de toda la ciudad imperial, algo que siempre hemos deseado y nos hemos encontrado con el Emperador impidiéndolo. Es cierto que ahora estamos gastando ingentes cantidades de dinero en esta guerra, pero imaginaos el que ganaremos con el control de la ciudad.

- El Imperio ha caído – dijo una voz aguda en el fondo de la sala. - Androl ya no será tan importante.
- Discrepo en eso – continuó Boreas mientras el resto del mundo prestaba atención a sus palabras. - Tal vez el Imperio ya no exista, pero el dinero es el dinero y los comerciantes podemos hacer nuestro propio Imperio comercial. Y Androl es el centro de todo el mundo de los negocios. Desde hace siglos lo es y lo será dentro de varios siglos. Ha caído el Imperio de Emperador, de los ejércitos, de los impuestos y las leyes, ante nosotros se abre un nuevo horizonte, construiremos el Imperio del comercio, del oro, de las transacciones y la libertad.

Muchos de los asistentes asintieron frente a su discurso. “Convencidos por unas pocas palabras baratas” pensó Damren, “ese hombre vendería a su propia madre como esclava si obtiene un buen beneficio. Si algo he aprendido siendo comerciante es que nunca te debes fiar de nuestras palabras”. Y probablemente fuera ese el mejor consejo que Damren podía decir a nadie.

- Sin embargo – continuó Faetonte, esta vez en un clima mucho más sosegado. - No penséis que no estamos haciendo nada. Los esclavos están aguantando en esta guerra de puestos, de poco avance y de control de zonas. Pero dudamos que puedan enfrentarse a un ataque frontal, organizado y decisivo. Eso es lo que estamos determinando, pronto tendréis más noticias de ello.
- Entonces – intervino Damren. - ¿Para qué nos habéis llamado si apenas nos estáis informando de nada? ¿Qué tenemos que decidir?

Faetonte le miró severamente por la interrupción, pero pareció dispuesto a contestar la pregunta:

- Precisamente es importante haber convocado esta reunión porque necesitamos aumentar los gastos para conseguir mejorar nuestro ejército. Esperábamos que todos estuvieran dispuestos a contribuir con un veinte por ciento más a la guerra.

Los murmullos de protesta volvieron a alzarse y en esta ocasión con mucha más fuerza que antes. Ni siquiera Borias tras varios intentos logró conseguir callarlos. Todos parecían protestar al mismo tiempo, negándose a pagar ese aumento.

“A este paso voy a convertirme en uno de esos mendigos de las calles” pensó Damren. Ya destinaba más de la mitad de sus ingresos en la guerra contra los esclavos y no le hacía ningún tipo de gracia aquel aumento, pero lo entendía. Veía las calles, oía los rumores, sabía que cada vez los esclavos eran más fuertes en el Centro, podían ser todo lo pobres, pordioseros y estúpidos que fueran, pero había conseguido organizarse durante meses y asesinar al Emperador, algo por lo que los mercaderes les estarían eternamente agradecidos, pero era obvio que no eran unos enemigos para subestimar.

Por ello, Damren no protestó ante la subida, si no que la apoyó: quería que los esclavos fueran eliminados cuanto antes y pudiera dedicarse de una vez a entera disposición de sus negocios, sin preocuparse de que media ciudad estuviera arrasada y de las calles llenas de mendigos.

Poco a poco, tras las fuertes protestas iniciales, los comerciantes, uno a uno fueron entrando en razón y aceptaron la medida, por muy injusta que les pareciera.

Faetonte parecía contento al final y solo podía dedicar sonrisas a todos los asistentes. Damren solo esperaba que ojalá muriera pronto aquel viejo y se le borrara aquella sonrisa estúpida del rostro.

La reunión terminó poco después tras aprobar varias medidas rutinarias. “Así que nos han traído especialmente para sacarnos más dinero” pensó el comerciante mientras huía de allí y volvía rápidamente a su carruaje sin detenerse a hablar con ninguno de los asistentes de la reunión “para eso podían haber mandado un mensajero y no haberme sacado de mi casa”.

- No perdamos más el tiempo – dijo al conductor. - Volvamos rápido.

El conductor asintió y se alejaron del Palacio del Azul. Vaya pérdida más absoluta de tiempo aquella reunión, le hervía la sangre de pensar que había visto a Faetonte más de lo estrictamente necesario, estaba furioso y quería descargar su ira. Su padre solía hacerlo sobre los esclavos, pero Damren no era tan partidario de ellos, solía contratar sirvientes en lugar de comprar esclavos y tal vez eso fuera lo que le había salvado durante el estallido de la revolución.

Muchos ricos fueron asesinados durante ese momento por sus propios esclavos, que llenos de odio y dolor se sublevaron contra sus amos y los mataron mientras comían, dormían o paseaban de la forma más inocente. Damren había tenido muy pocos esclavos, pero aun así tuvo mucha suerte de sobrevivir cuando estos se sublevaron, de hecho, por muy poco no lo cuenta.

Tardaron bastante tiempo en volver de nuevo, a cada momento el carruaje parecía detenerse ante la enorme afluencia de gente que se encontraba por las calles. Damren a cada momento estalla de ira y gritaba con agudos chillidos, desbocando sus entrañas en formas de saliva y gritos guturales. Pero al final consiguieron llegar a su objetivo.

Su casa no era tan ostentosa como el Palacio del Azul, pero no podía quejarse de que su mansión no fuera amplia y estuviera llena siempre de los mayores lujos que daba el mundo. Tal vez no estuviera sobre una colina, pero estaba al lado del océano, y cada día podía despertarse con el sonido de las olas y el olor de la sal. Sentía el mar sobre su piel.

Una vez entró en la casa ni siquiera se molestó en atender a los asuntos que los criados le requirieron. Pasó de largo de ellos sin darles tiempo siquiera a pronunciar el más mínimo susurro y estos quedaban como petrificados, sin moverse, en el centro del pasillo. Como estatuas diseminadas que no podían solucionar sus problemas, pero mucho menos se atrevían a contradecir al señor de la casa.

Damren entró como un huracán en sus aposentos privados: revolucionando todo a su paso y sin que ningún objeto retornara a su lugar original. Lo primero que hizo fue tirar al suelo sus ropajes, cubiertos de polvo y sudor del trayecto, además, habían estado en contacto con el aire putrefacto de los mendigos.

Sabía que lo adecuado habría sido tomar un baño y cubrir su cuerpo con aceites aromáticos durante horas, pero no disponía de tanta capacidad de espera, como una hiena que puede ver justo delante de sus narices un festín y no puede controlar sus ganas.

Respiró durante un segundo antes de volver con energías renovadas al alboroto del cuarto. Tiraba los ropajes nuevos a cualquier rincón y desechaba con una mirada de disgusto túnicas que valían casi tanto como una docena de buenos esclavos.

Al fin se decidió por una de color dorado, no muy cara pero que le gustaba como resaltaba su cuerpo y para rematarlo se roció con un buen perfume traído directamente de las lejanas provincias orientales. El olor recorrió al instante su cuerpo y se sintió recorrido por confianza, como un impulso eléctrico que rociaba con chispas multicolores sus pupilas.

Apenas era capaz de contener la emoción, por fin iba a llegar ese momento del día, a pesar de las insulsas reuniones, siempre le quedaba ese momento en el que refugiarse. Listo para su propio tiempo personal.

Se encaminó con esas galas hacia las entrañas de su mansión, por debajo de los sótanos donde se acumulaban el pan, miel y frutas frescas, por debajo de bodegas donde sus vinos dulces maduraban con cada año, incluso se planteó que hubiese bajado hasta más allá del nivel de las aguas del Puerto y la humedad y el frío que emanaba de las paredes parecía confirmárselo.

Y, por fin, se halló frente a una puerta de madera sólida, vieja pero que parecía bastante resistente a las inclemencias del tiempo. Atusó un poco su vestimenta y entró sin muchos miramientos en aquella estancia.

Casi todo allí era penumbra, que, mezclado con el aire rancio y húmedo, se confundían en una sórdida mazmorra. Solamente aquellas tinieblas estaban interrumpidas por una luz procedente de una antorcha que se encontraba en una de las esquinas. De este modo, se mezclaba la oscuridad y el frío con el humo y el calor, como una lucha eterna, pero completamente bella al mismo tiempo.

Apenas una figura resaltaba con aquella pobre luz, como una especie de silueta, pero con tan poco detalle que era casi imposible distinguir sus contornos.

Damren no tardó en comenzar a salivar, listo para su banquete. Allí, atada contra la pared, indefensa y sin ninguna posibilidad de defenderse se hallaba una mujer, casi inconsciente, con los labios reseca y la piel de ébano cubierta de sudor frío. Era difícil distinguir si estaba despierta o dormida, aunque más bien se apostaría por un estado de seminconsciencia.

- ¡Neftis! – gritó el comerciante sin tener ningún tipo de cuidado. - ¡Despierta!

La figura atada comenzó a moverse, a quejarse lentamente con un pequeño crujido de sus articulaciones forzadas. Antes de que pudiera si quiera protestar Damren ya estaba junto a ella, acercando su cuerpo al suyo, oliendo su cabello.

- Te he dicho que te alejes – dijo Neftis con una voz débil y prácticamente inaudible.
- No me toques, aléjate.
- Ay, pobre querida mía que no haces más que delirar. Ya sabes que sigue en pie mi oferta, un beso tuyo y podrás volver a probar el agua.

La figura se movió, solamente para escupir a los pies del comerciante con todo el desprecio que pudo acumular en su débil cuerpo.

- Deberías ahorrar el poco agua que te queda, la vas a necesitar – dijo mientras abofeteaba rápidamente la cara de la mujer.

Sin embargo, esta no soltó el más mínimo quejido, no iba a permitir darle aquel placer.

Damren estaba alterado, esperaba que tras un par de días sin alimentos ni bebida por fin comenzara a amarlo, pero parecía que esto no sucedía nunca. Y comenzaba a ponerse cada vez más nervioso.

Neftis había sido una esclava de su familia desde que había sido un niño. Cuando creció comenzó a sentirse atraído por ella, pero no pudo desencadenar sus deseos ya que estaba bajo protección de su padre. Pero tras la muerte de este, Damren se convirtió en el dueño de todas las propiedades y con ello incluyó a la esclava. Fueron los días más felices de su vida, podía sentir que la esclava lo despreciaba, pero poco le importaba ya que accedía a complacer todos sus deseos. La vida era maravillosa, sus negocios y riquezas crecían como la espuma y cada noche su lecho estaba llena por la presencia de la esclava.

Pasaron años, hasta que hacía unas semanas estalló la revolución de los esclavos. En su mansión los esclavos también se sublevaron como en otras partes de la ciudad y a la cabeza de todos ellos estaba ella, como un soldado, llena de furia, empuñando un cuchillo y atacando a todos los miembros de la casa. Sin embargo, no tuvo mucho éxito, en la mansión trabajaban muchos más criados que esclavos y pronto fueron reducidos.

Damren ordenó la ejecución inmediata de todos ellos. Excepto de ella. No podía hacerlo, le había traicionado y, sin embargo, era incapaz de odiarla. Solamente necesitaba que volviera a ser todo como antes. Pero la esclava no atendió a razones, le gritó, escupió y suplicó por su muerte. El comerciante no se lo concedió si no que la atrapó en lo más oscuro de la mansión. Una prisión de oscuridad y miedo, donde tendría tiempo para pensar sobre sus sentimientos.

Pero la esclava era demasiado poco razonable, cada vez lo despreciaba más y a pesar de que cada día estaba más débil seguía sin querer estar en su presencia.

- ¡Alárgate! – gritó la esclava con sus últimas fuerzas. - Mátame de una vez y hazme el favor de no estar en tu presencia nunca más.
- Neftis, estoy cansado de todo esto, entra en razón, vuelve conmigo, tendrás el vino, la comodidad y cada noche conmigo, no puedes negar que lo pasabas bien.
- Nunca he disfrutado contigo y nunca volverás a tocarme.

El comerciante volvió a cruzar su cara con una sonora bofetada. La esclava volvió a escupirle. La sangre de Damren ardió, completamente llevado por la furia y la golpeó salvajemente, con gritos guturales mientras la esclava apenas emitía sonido alguno.

- Terminarás tus días en la oscuridad. Tú lo has querido así.

Cogió la antorcha de la pared y abandonó la estancia sin mirar a la figura que colgaba de la pared como un muñeco sin vida.

Cerró la puerta con una pesada llave y volvió a los pisos superiores. Allí, al primer criado que vio de dio una orden:

- Tira esta llave a las aguas del Puerto. No quiero volver a verla.

El comerciante estaba seguro de haber hecho lo correcto. Cuando ya no usas algo, lo adecuado es aguardarlo en un rincón oscuro donde languidece lentamente sin que nadie se acuerde de ello hasta que finalmente muere en la memoria de los tiempos.